

Cena del Señor

Hermanas y hermanos, llegó el momento en el cual debemos de participar de la Cena del Señor, considerando que es un mandamiento y no una opción, y para que preparemos nuestros corazones y participemos de los elementos de la manera correcta ante Dios, les leo una breve reseña o meditación basada en el pasaje de 1 Corintios 11: 23 – 32 , en el que se lee:

“Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga. De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo”.

La Cena es pura y claramente una fiesta de acción de gracias por una gracia ya recibida. El Señor mismo, al instituir la, le confiere su carácter al dar las gracias: “El Señor... tomó pan; y habiendo dado gracias.” La alabanza y no la oración es la actitud adecuada y/o conveniente de los corazones de aquellos que están sentados alrededor de la Mesa del Señor.

Es cierto que tenemos muchos temas de oración, muchas cosas que confesar, muchos motivos que afligen nuestros corazones; pero la Mesa del Señor no es el lugar de la aflicción. Respecto de los afligidos en Proverbios 31:6-7 se dice: “Dad la sidra al desfallecido, y el vino a los de amargado ánimo. Beban, y olvídense de su necesidad, y de su miseria no se acuerden más”. Para nosotros, en cambio, la copa es una “copa de bendición”, esto es, de acción de gracias, el símbolo divinamente elegido de la sangre preciosa que logró nuestra redención. “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” como señala 1 Corintios 10:16, ¿cómo, pues, podríamos partir ese pan con corazones entristecidos y rostros afligidos? ¿Podrían los miembros de una familia, tras las faenas del día, sentarse a cenar con caras tristes y con lamentaciones? Seguramente que no. La cena era la gran comida de la familia, la única ocasión segura que había de reunir

a toda la familia. Las caras que no se vieron durante todo el día, podían encontrarse ciertamente a la hora de la cena, y seguramente se sentirían felices de estar allí. Ni más ni menos debiera ser en ocasión de la Cena del Señor. La familia de Dios es la que allí se reúne, y debe hacerlo con felicidad, con sincera felicidad. Debe regocijarse desde el fondo del corazón en el amor de Aquel que la ha reunido alrededor de sí mismo. Es cierto que cada corazón vive una situación particular: cada uno tiene sus propias penas, sus propias pruebas, sus propios fracasos y sus propias tentaciones, cosas todas ocultas y desconocidas para aquellos que están alrededor de nosotros. Pero todos estos asuntos personales no son los objetos que deben ocupar nuestros pensamientos en la Cena del Señor. Si los traemos a consideración entonces, deshonramos al Señor de la fiesta, y hacemos de la copa de bendición, de acción de gracias y de alabanzas, una copa de tristeza.

El Señor mismo nos ha invitado a esta fiesta, y nos ha mandado, a pesar de nuestras faltas, no poner ante nuestras almas más que la plenitud de su amor y la eficacia purificante de su sangre; y cuando el ojo de la fe está fijo en Cristo y lleno de Él, no hay más lugar para ninguna otra cosa. Si estamos ocupados con nuestros pecados, naturalmente que seremos miserables y desdichados, porque consideramos otra cosa aparte de la que Dios nos demanda a contemplar; porque nos acordamos de nuestra miseria y de nuestra pobreza, precisamente cosas que debemos olvidar. Perdemos de vista así el verdadero carácter de la Cena, la que, en lugar de ser una fiesta de gozo y de felicidad, se torna en una causa de tristeza y de depresión espiritual; entonces, nuestra preparación para ella, y los pensamientos que han de tenerse en torno a ella, estarán más en relación con el monte Sinaí que con una feliz fiesta familiar.

Si alguna vez debió de existir un sentimiento de tristeza en ocasión de la celebración de la Cena, lo fue seguramente el día en que fue instituida, cuando todo debió producir un sentimiento de profunda tristeza y desolación; sin embargo, el Señor Jesús pudo “dar gracias”; la corriente de gozo que rebotaba su alma, era tan profunda que no podía ser estorbada por las circunstancias del momento. Su gozo, al dar su cuerpo y verter su sangre, estaba muy lejos del alcance del pensamiento y del sentimiento humanos. Y si él pudo regocijarse en espíritu y dar gracias al partir ese pan que debía ser, para todas las generaciones futuras de creyentes, el memorial de su cuerpo dado por nosotros, ¿no deberíamos regocijarnos también nosotros, que estamos en posesión de los benditos resultados de su trabajo y de sus sufrimientos? La respuesta hermanos es un rotundo Sí; nos conviene regocijarnos.

Pero —preguntará alguno— ¿ninguna preparación es necesaria? ¿Nos sentaremos a la Mesa del Señor con la misma indiferencia con que lo hacemos a nuestra propia mesa? Por supuesto que no; necesitamos estar bien en nuestras almas, y el primer paso para ello es la paz con Dios, esa dulce seguridad de nuestra salvación eterna, que es el resultado, no de nuestros suspiros y de nuestras lágrimas de arrepentimiento, sino de la obra cumplida del Cordero de Dios, de la cual el Espíritu Santo da testimonio. Al comprender esto por la fe, entendemos lo que nos hace perfectamente aptos para la presencia de Dios. Muchos creen honrar la Mesa del Señor cuando se acercan a ella con almas

humilladas hasta en el mismo polvo, en el sentimiento del intolerable peso de sus pecados. Pero este pensamiento brota del legalismo del corazón humano, fuente inagotable de cosas que deshonran a Dios y a la cruz de Cristo, que contristan al Espíritu Santo y que destruyen nuestra paz. Si consideramos a la sangre de Cristo como lo único que nos da derecho de participar de la Mesa del Señor, mantendremos —y podemos sentirnos plenamente satisfechos de ello— el honor y la santidad de esta mesa de una manera infinitamente más eficaz que trayendo a ella nuestras tristezas y nuestros arrepentimientos humanos.

La Ofrenda

El dar es algo que nace de una comprensión de la responsabilidad, que es transformada en una decisión firme, y que debe ser mantenida en forma constante; es una actividad que llega a transformarse en un hábito piadoso y saludable para el creyente.

Al respecto, 1 Corintios 9:7 nos indica: “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre”.